

El
VERDADERO
ARTE *de las*
BRUJAS

Kate West

Kate West, respetada autora, conferenciante y practicante de Brujería desde hace tres décadas, comparte su experiencia en este manual, best-seller en el Reino Unido, para aquellos practicantes modernos que desean afinar sus habilidades.

Sin atajos ni trucos grandilocuentes, paso a paso, West explora los puntos principales de la verdadera Brujería, ilustrados con ejemplos de su propia práctica. Capítulo a capítulo, desde el trabajo simbólico con los cinco elementos, la visualización y la meditación, hasta el uso de los ciclos naturales o el manejo de la energía, la autora nos guía en una práctica estacional con sólidos ejercicios para desarrollar el potencial para una magia efectiva y poderosa.

Les dedico este libro a mis lectores, sin los cuales nada tendría sentido, y también a todos aquellos que observan, escuchan, piensan, aprenden y maduran a la manera de los antiguos.

Os deseo que brilléis y que crezcáis; que viváis en armonía con la Tierra y que estéis en paz con vosotros mismos. Que encontréis el amor en aquellos a los que amáis y que recibáis cariño de aquellos a los que se lo ofrezcáis. Que vuestras necesidades sean pocas y muchas las recompensas. Y que seáis libres por siempre.

Agradecimientos

Deseo mostrar mi agradecimiento, como siempre, a toda mi familia y a mis amigos, tanto por el amor que me tienen como por los ánimos que me dan. A mis compañeras brujas y a los celtas por brindarme el apoyo que necesitaba para seguir escribiendo. Y especialmente a todos aquellos que realmente me han alentado y ayudado, ocupándose de parte de mis cargas y de mis preocupaciones. ¡Creo que ya sabéis quiénes sois!

Quiero también dar las gracias a aquellos autores cuyos escritos han sido un faro en lo que, a veces, se convertía en una senda infinita de oscuridad y que, por lo tanto, me han contagiado el ímpetu que me hacía falta. A Terry Pratchett y, posteriormente, a Douglas Bryson, por darle algo de sentido, y a Wendy Mewes por leérselo todo y ¡por hacerme ver que los escritores también son personas reales!

Y mi más sincera gratitud a Carole, mi editora, y a Chris Down, el ilustrador, que tan paciente y comprensivo ha sido conmigo.

Conseguir que la Magia Funcione

El camino de la magia es un viaje que está tan relacionado con la introspección como con la visita a otros mundos; puede que incluso más. Para entender lo que hay a tu alrededor primero tienes que madurar, conocerte bien y saber lo que quieres; dejar de lado las limitaciones que aprendiste durante tu educación para poder apreciar las capacidades y talentos que guardas en tu interior. Y sólo mediante un proceso de evolución podrás convertirte en la persona que realmente podrías llegar a ser y, por ende, empaparte de la magia con la que trabajarás, no sólo para ayudarte en tu vida diaria, sino también al mundo que te rodea.

Mis lectores y los que acuden a mis conferencias a menudo me preguntan de qué modo pueden aprender y desarrollar las habilidades que les permitan practicar la magia y crear hechizos eficaces; cómo pueden meditar, visualizar y tantas otras cosas. Pero para conseguirlo no basta con leer libros, también se debe practicar cada método. Y hay que hacerlo una y otra vez, repetir cada proceso hasta la saciedad, de forma que desarrolles bien tus capacidades. La Suma Sacerdotisa de un coven es la que enseña esto a sus miembros, pero tú, al igual que otras muchas personas, quizá no pertenezcas a un grupo, de modo que este libro te servirá de guía.

La magia, como suelo decir a menudo, no es como la cocina. No se trata sólo de combinar una serie de ingre-

dientes y de seguir una receta. Tampoco es algo que se pueda comprar; no importa cuánto dinero inviertas en libros, utensilios, equipo, velas, cristales o lo que sea... Esto no te garantizará que puedas llevar a cabo transformaciones mágicas. Ni tiene que ver tampoco con las «palabras de poder», los encantamientos, los cánticos, etc. No existe ningún atajo para aprenderla. Éste y todos los demás aspectos de la brujería dependen del aprendizaje y de la práctica de las habilidades y de las técnicas. Lo bueno es que todas las tenemos en mayor o menor medida, y que acceder a ellas es relativamente sencillo; basta con seguir unos consejos, ponerle dedicación, insistir en ello y esforzarse.

Existen diversas clases que te llevarán a crear magia. Para empezar, la capacidad de controlar y equilibrar las energías de los cinco elementos (Aire, Fuego, Agua, Tierra y Espíritu) que siempre han estado en tu interior; saber aprovecharlas del mundo que te rodea, enfocarlas y dirigir las de forma que acontezca el cambio que deseas. Hay que comprender cómo se manifiestan esos elementos en otros. Utilizar al máximo los sentidos de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato es lo que te va a permitir desarrollar ese sexto sentido o sentido psíquico. La sabiduría que esto te reportará hará posible que lleves a cabo esos actos mágicos sin los indeseables efectos secundarios. Asimismo, aprenderás a mantener la concentración y el control, comprometiendo tu energía sólo de manera parcial. Conseguirás también visualizar, pues es cierto que la magia sucede cuando se ha visto previamente. Y, por supuesto, llegarás a poder utilizar uno o más métodos de adivinación, que no sólo te brindarán la oportunidad de ver lo que de otro modo quedaría oculto, sino que además te ayudarán a decidir cuáles podrían ser las consecuencias de tus acciones mágicas y, desde luego, si es necesario que tomes esas medidas. Sabrás comprender cómo funciona la magia y por qué a veces no lo hace. Aprenderás a distinguir los momentos

en los que es necesario que hagas un hechizo de los que no, y dominarás las diferentes herramientas y el equipo que mejorarán tu trabajo. También descubrirás de qué forma puedes crear un hechizo que no figure en ningún libro o un Espacio Sagrado en el que puedas hacer magia en cualquier momento y lugar. Conocerás a las diversas deidades, a la Diosa y al Dios, que son una parte fundamental de la brujería. Llegarás a saber cuáles son las fases de la Luna y cómo éstas pueden aumentar los efectos de la magia. Te explicaré de qué forma puedes detener o deshacer hechizos, así como algunos métodos de protección y de defensa. También cómo utilizar las energías de las distintas estaciones para sacarle partido a tus conjuros a lo largo de todo el año.

Este libro examina estos y otros aspectos de la brujería; explica de qué manera contribuyen a la magia y te proporciona técnicas con las que desarrollar y mejorar esas habilidades tan necesarias. Cada uno de los capítulos se centra en uno de ellos y te propone ejercicios que te ayudarán a perfeccionar lo que ya sabes. Algunos puede parecerse de lo más simple y otros creerás que no tienen nada que ver con la brujería, pero, cuando los domines, verás que tienen sentido. Si formarás parte de un coven, estas habilidades las aprenderías y practicarías en las sesiones de entrenamiento y te permitirían convertirte en un miembro activo del equipo mágico. Para sacarles el mayor partido, debes tomarte tu tiempo con cada una y repasarlas detenidamente.

Algunas tendrás que repetirlas unas cuantas veces porque seguramente sean cosas que no hayas hecho antes. Imagínatelo como si estuvieras poniendo en forma una serie nueva de músculos. Las brujas experimentadas también realizan este tipo de ejercicios y los practican de forma regular, sin importar cuánto tiempo llevan en la brujería. No existe ninguna razón por la que no debas seguir con ellos a la vez que aprendes otras cosas. Si me haces caso, notarás

una mejora considerable en la magia porque estarás aprendiendo a dominar cada una de las habilidades por separado. Algunos ejercicios requieren unas condiciones específicas: fases de la Luna, un clima concreto, etc. Serás tú quien decida si quieres hacer un alto en tu camino para esperar el instante idóneo o si prefieres continuar y regresar sobre ello más adelante. Pero intenta hacer todas las prácticas.

Sé consciente de que todos somos diferentes y que, por tanto, también aprendemos a un ritmo distinto. Verás que algunas habilidades son más fáciles de dominar que otras y que, sin embargo, pueden transcurrir varios meses antes de que llegues a controlar una técnica específica; si esto te llega a ocurrir, persevera, porque a la larga merecerá la pena. También sucederá que en ciertos períodos no podrás invertir tanto tiempo como quisieras en tu magia, bien porque estés cansada, preocupada o sencillamente te resulte imposible concentrarte. En esos momentos, párate a reflexionar sobre lo lejos que has llegado, en lugar de agobiarte pensando en que tienes que seguir. Puedes, naturalmente, darte un respiro y retomar tus estudios pasados unos días o unas semanas. La brujería seguirá ahí cuando estés preparada para volver a ella.

Te aconsejo además que vayas escribiendo algún tipo de diario en el que tomes nota de todas las prácticas mágicas. A éste se le suele llamar Libro de las Sombras. Apunta lo que has hecho, lo que esperabas que sucediera y cuáles han sido los resultados. En él deberás incluir información adicional: en qué fase estaba la Luna y lo que has sentido antes, durante y después de la práctica. Esto no sólo te ayudará a darte cuenta de tus progresos, sino a comprobar qué funciona y qué no. Podrás consultarlo en otras ocasiones para saber qué hechizos son los que dominas.

Este libro está dividido en capítulos que abordan cada técnica por separado, de manera que posiblemente hasta el final no te des cuenta de cómo los ejercicios han contribuido a que desarrolles tu magia.

Estamos tan acostumbrados a las soluciones rápidas e improvisadas que nos llegan a través de la televisión y a los libros de autoayuda que nos prometen darle un giro a nuestras vidas en una semana, que casi hemos olvidado que requiere tiempo y esfuerzo contar con habilidades que realmente merezcan la pena. Algunas personas me han preguntado por qué no me limito a escribir los «secretos ocultos» de la brujería. Pero es que el único misterio es la destreza que se consigue a base de practicar y de esforzarse. La magia no es, ni será nunca, una solución fácil. La clave está en cada persona debe conseguir alcanzar el equilibrio y el control de sí mismo, de tal manera que pueda servirse de las energías que fluyen en su interior y también en el exterior. Además, no existen cosas como los «hechizos de nivel avanzado»; sólo existen los conjures que salen a pedir de boca.

La brujería, en cualquier caso, no sólo tiene que ver con los encantamientos y la magia, aunque está claro que estos detalles la diferencian en gran medida de otros credos. En este libro he procurado acercarme también a esos otros elementos que la configuran y que ayudan a una persona a convertirse en una bruja.

Una de las cosas de las que me he dado cuenta escribiendo libros es que, después de contestar a una serie de preguntas, siempre surgen otras nuevas. Pero esto no es inusual, porque siempre ocurre que cuanto más se sabe acerca de un tema, más dudas se tienen al respecto. De modo que, cuando llegues al último capítulo, espero que el libro cumpla su función y, además de responder a las dudas que tuvieras, tengas más cosas en las que pensar y otras nuevas incógnitas que desvelar.

Así que, si quieres saber más, sigue leyendo.

Benditos seáis,
Kate

Capítulo I



Elementos: las piedras angulares de la magia

Conocer y entender los elementos es lo más básico en el arte de la brujería y es esencial para hacer magia. Casi todos los factores de los que se compone se relacionan con estos elementos de una manera o de otra. Aunque se pueden hacer algunos hechizos sin necesidad de comprender su funcionamiento, tales encantamientos suelen ser menos efectivos y/o actúan con menos previsión o no lo hacen en absoluto.

Los elementos a los que me refiero no son los de la tabla periódica, sino los atributos básicos de las fuerzas de la naturaleza y de la Tierra. Son, por tanto, el Aire, el Fuego, el Agua, la Tierra y el Espíritu. En sus muy distintas formas son aspectos del ecosistema de los que surge toda la vida y que influyen sobre nuestra existencia.

El Aire es el viento; desde la brisa veraniega más gentil a los huracanes y tornados que arrasan el planeta. Todos los seres vivos necesitan respirarlo de alguna manera. El Fuego es el calor y la luz que emanan del Sol, así como las llamas que alumbran nuestros hogares o las que se propa-

gan salvajemente y asolan lo que encuentran a su paso como lo haría un incendio en un bosque. La vida, por supuesto, necesita la luz y el calor para sobrevivir: El Agua abarca desde una simple ducha hasta un aluvión, así como los arroyos, los ríos, los océanos o los mares en calma o sumidos en la peor de las tempestades. En su estado más brutal es el tsunami o la violenta marejada. Y, desde luego, todas las formas de vida necesitan el agua para sobrevivir. La Tierra son las rocas, las piedras, los guijarros y los minerales, además de la arena en la que subsisten diversas criaturas; pero es también el terremoto que puede extinguirnos. Es el medio en el que crecen las plantas y un agente fundamental en la cadena alimentaria. El Espíritu es la divina y misteriosa chispa de la vida; la diferencia entre algo que vive, crece y se reproduce o lo que yace quieto e inerte.

En este capítulo me centraré, sobre todo, en cuatro de los cinco elementos: Aire, Fuego, Agua y Tierra. En el pasado, los seres humanos solían pensar que estos elementos influían y controlaban todos los aspectos de la vida cotidiana, que determinaban si habría comida suficiente y si las personas prosperarían o no. La carencia o exceso de los mismos traía consigo una gran hambruna y la posibilidad de vivir o de morir. Es evidente que todavía pueden hacerlo; basta con mirar un telediario para ver los efectos de los huracanes, de los incendios en los bosques, de la sequía, de la hambruna, de los terremotos, de los corrimientos de tierras, de los tsunamis y otros efectos que prueban que puede haber una superabundancia o una carencia manifiesta de cualquiera de estos elementos. El quinto, el Espíritu, es lo que diferencia lo que está vivo de lo que no lo está, y posee también un matiz divino que guarda una relación directa con la Diosa y con el Dios. El capítulo que le he dedicado se centra en las diosas y en los dioses, y en las maneras en las que puedes llegar a comprender qué son exactamente. Entre tanto, imagínalos a tu antojo.

En la brujería, y en otros credos, los elementos no son sólo las fuerzas físicas de la naturaleza; también forman parte de nosotros. El Aire simboliza nuestro pensamiento, esa parte de nosotros que reflexiona; es además nuestra respiración y el sentido del olfato. El Fuego se convierte en el entusiasmo y las pasiones, en esos sentimientos enérgicos que nos sobrecogen y que nos obligan a actuar o a reaccionar, en el latido del corazón y en el sentido de la vista. El agua encarna nuestras emociones, la alegría, la risa, la pena y las lágrimas. Es la sangre que corre por nuestras venas y el sentido del gusto. La Tierra equivale a nuestra forma física, al cuerpo y al sentido del tacto. El Espíritu es una parte inmaterial de nosotros mismos a la que también podríamos llamar el sentido del ser o el alma.

Los elementos están presentes y vinculados a otros aspectos de la vida: a la hora del día, a la estación del año, a la edad de una persona e incluso a la dirección de la brújula. El Aire, que siempre debe ocupar el primer lugar, representa y lo representa la mañana, la primavera, la juventud y el Este. El Fuego es la tarde, el verano, la edad adulta y el Sur. El Agua es el crepúsculo, el otoño, la madurez y el Oeste. La Tierra es la noche, el invierno, la senectud y el Norte. El Espíritu los abarca a todos ellos. Los elementos forman parte de lo que hacemos a diario. El Aire es la idea y el proceso de reflexión que nos lleva hasta ella. Por eso este elemento ocupa el primer lugar, pues conviene que meditemos nuestras acciones antes de llevarlas a cabo. El Fuego personifica el entusiasmo que nos hace desear transformar nuestros pensamientos en actos. El Agua podemos interpretarla como nuestro bagaje sentimental. La Tierra viene definida por lo físico que hace acontecer las situaciones. El Espíritu es la chispa que da la vida, esa parte de nuestro ser que contagiamos a todo para hacerlo especial y *nuestro*.

Los elementos son también la base sobre la que se apoya el Círculo de las Brujas. Cada uno de ellos se llama o in-

voca con un propósito y se ordena en el cuarto que le corresponde del compás, esto es: Aire al este, Fuego al sur, Agua al oeste y Tierra al norte. El Espíritu es, a la vez, la Diosa y el Dios, el ser y también el núcleo del Círculo y toda su circunferencia. En ocasiones utilizamos colores para representarlos. Así, el amarillo se corresponde con el Aire, el rojo con el Fuego, el azul con el Agua y el verde con la Tierra. No obstante, pueden emplearse otras combinaciones cromáticas. Para crear un buen hechizo, primero tienes que concebir la idea (Aire), a continuación pensarás en ella con entusiasmo (Fuego), después te involucrarás sentimentalmente (Agua) y, por último, la llevarás a cabo (Tierra), eso sí, tendrás que poner una parte de ti para que eso suceda (Espíritu).

Sus atributos demuestran lo importante que son los elementos, tanto en la vida cotidiana como en la brujería, pues no son sólo fuerzas muy poderosas de la naturaleza, sino que también están en contacto con todos los aspectos de la existencia y de nuestro interior. Para crear magia es esencial que los conozcas y los entiendas y, por supuesto, también todo aquello con lo que están relacionados. Si pretendes que la magia actual de la manera que deseas, tienes primero que ser capaz de manejar las energías tanto desde el interior como desde el exterior. El primer paso para conseguirlo es experimentar de forma activa con los elementos de la naturaleza.



PRÁCTICA 1

Tómate tu tiempo para experimentar con cada uno de los elementos en su estado natural. Prepárate para de-

dicarles unos quince minutos o más. No cedas a la tentación de probar con más de uno al día. Como estos ejercicios tienes que llevarlos a cabo en el exterior, procura hacerlos en un lugar que no sea peligroso. Te recomiendo que te descalces para estar en contacto directo con la tierra. Puedes probar a hacerlo con los ojos abiertos o cerrados. Intenta usar todos los sentidos: la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto. Para este último caso, te aconsejo que respires por la boca. Presta atención a cómo te hace sentir cada elemento, tanto física como emocionalmente.

Aire— Un día de viento, sube a algún lugar elevado (preferiblemente uno que no esté rodeado de árboles o edificios) para que puedas experimentar con él. Abri-gate bien si hace frío. Siente el viento alborotándote el cabello, agitándote la ropa y acariciándote. Lleva contigo unas cuantas hojas o pétalos de flores, lánzalos al aire y mira cómo se mecen en la brisa, cómo se elevan por el cielo y cómo el viento los transporta de un lugar a otro. Mientras estés ahí, piensa en otros tipos de brisa, tanto en las más fuertes como en las débiles.

Fuego— En un día cálido y/o soleado visita algún sitio que esté protegido del aire y donde puedas tumbarte al sol. Absorbe el calor y la luz, siente la calidez que desprende la tierra. Tómate tu tiempo para pensar en todas las cosas que dependen de estos factores, pero no tanto como para quemarte ni mires directamente al Sol. Imagina lo que sería la vida sin luz o con mucha más.

Agua— Existen dos maneras de experimentar con ella; te recomiendo que pongas las dos en práctica porque así podrás comparar las experiencias. Lo primero que puedes hacer es salir cuando esté lloviendo; levanta la cabeza hacia el cielo y permite que unas gotitas te mojen la lengua. Deja que la lluvia te empape y observa cómo cae sobre los árboles, las plantas y cómo

mo humedece la tierra. Contempla también cómo lo hace en caminos y carreteras, y mira qué efecto causa en las cosas de alrededor. Mientras estés ahí, piensa en que beneficios aporta. En segundo lugar, vete a un arroyo, a un río, a un estanque o a un lago que no esté demasiado sucio o contaminado. Mete los pies descalzos en el agua y utiliza las manos para mojar la cara. Una vez más, piensa en cómo sería la vida con más o menos agua y recuerda que hay zonas del planeta en las que está congelada, mientras que otras sufren una grave sequía. Si vives cerca de la costa, puede hacer esta segunda parte del ejercicio en el mar. Métete y sumérgete, siempre que estés en calma y sepas nadar.

Tierra— Te recomiendo que la primera parte de este ejercicio la hagas en tu jardín o en el que alguien que esté dispuesto a que caves en él. Si no puedes, siempre te queda el recurso de llenar una bañera o un contenedor con tierra, aunque es mejor, sin duda, que intentes hacer lo otro en cuanto tengas ocasión. Cava un agujero lo bastante ancho y hondo como para que puedas introducir las dos manos y que no sobresalgan. Mientras lo haces, mira cuidadosamente lo que te vayas encontrando en la tierra (tanto las criaturas vivas como los objetos inanimados). Utiliza las manos para palpar la textura de la superficie y de lo más profundo. Si puedes, introduce también los pies. La segunda parte quizá la tengas que aplazar hasta que puedas ir a algún lugar adecuado. Visita un sitio rocoso, no tiene por qué ser enorme o impresionante. Apoya las palmas de las manos en la superficie de la piedra. Examínala para ver lo que crece en ella. Fíjate en el color, en la textura y en la dirección que siguen las líneas o grietas que veas. Piensa en las fuerzas y energías que dieron lugar a esa formación rocosa. Si tienes ocasión, vete a una cueva para que también sepas lo que se siente al estar rodeado completamente por la tierra.